

Augusto Iglesias

El Goethe de mi otoño

ESCORZOS PARA UNA BIOGRAFÍA DE GOETHE

I. El Hombre que piensa

NACE UN NIÑO EN FRANCFORT



JUAN Wolfgang Goethe viene al mundo en la ciudad de Francfort del Meno, el 28 de agosto de 1749. El Siglo XVIII ha llegado a su mitad; es decir, estamos en vísperas de la crisis definitiva del feudalismo medieval, en transacción ahora con las doctrinas unitarias de la monarquía absoluta.

Hasta comienzos de la décimoctava centuria, la creencia en la desigualdad civil de los hombres ha sido dogma de fe para el sentimiento familiar de las clases dirigentes. Cuando algunos estados europeos galvanizan a fines de la Edad Media, las ambiciones particularistas de los caballeros feudales con un proyecto autocrático de cohesión nacional, no ceden por cierto, las antiguas gangas a favor de sus vasallos en cuanto fueran estos sujetos de derecho; al contrario, el

beneficio de la derrota particular lo obtiene un superfeudalismo concentrado en las manos de unos cuantos señores de horca y cuchilla impuestos a las duras, pero sin desmontar de sus pilares económicos la máquina de los privilegios señoriales de dominio sobre la tierra, defendidos por la nobleza agraria de aquel entonces.

«El Estado soy yo»—afirmación de Luis XIV de Francia—no es una frase soberbia, con ímpetu atropellador, que amenaza el espíritu libérrimo de las mayorías. No; es un concepto de esos tiempos, una doctrina feudal preñada de contenido histórico. El Estado es el Rey; la Nación, un gran feudo que él dirige a la manera del buen padre de familia y el cual, para su gloria, aparentemente lo defiende y rinde vasallaje. Con esta diferenciación se establece la línea divisoria entre el cuartel general que manda y los capitanes, un tanto díscolos, que comienzan a obedecer. El castillo severo del terrateniente que de malas ganas se ha sometido, yérguese ahora en la roca, imagen de un particularismo que se empina, adusto, con ansias de vivir *malgré tout*; en tanto el palacio del Monarca—ave de rapiña, la primera en esa comarca de aguiluchos solitarios—crece en esplendorosa suntuosidad. Rey y Nación; Soberano y Vasallos. Y a la vez, Capital y Provincias. . . . Porque donde está la cabeza, la *caput* del organismo económico de la Nación, se necesita de una fisiología que la mantenga y esa es la Provincia, vale decir el cuerpo que nutre a la monarquía que impuso la unidad nacional.

Una atmósfera social así concebida, no puede producir, normalmente, sino hombres en el sentido de castas. Pero hacia la primera mitad del siglo XVIII, el espíritu de la Europa heredera de Grecia y Roma

está en crisis, y graves resquebraaduras se advierten en el edificio social, por todas partes.

La familia de Goethe es un ejemplo. Su abuelo había sido herrero. Gente modesta y dura; la fragua imprime psicología de varones fuertes. Mas, si el viejo *Hans Cristian*—que así se llama el ancestro—ambiciona convertir la herencia de su herrería en una gran maestranza, su progenie nace delirando por las mismas cosas en que la burguesía de avanzada sueña en esos momentos: apropiarse a las buenas o a las malas del timón del Gobierno; esto es, conquistar el Poder Político y reemplazar, naturalmente por parte de esa misma burguesía, con normas menos estrictas y acomodaticias, las formas rituales impuestas en el curso de los siglos por la nobleza hereditaria.

«El más vil de los hombres, el hombre más miserable—había escrito Luis XVI de Francia—remonta en una sucesión de ciento veinte grados o más, hasta llegar a Noé, y el más grande de los reyes, el hombre más poderoso que podamos imaginar, aunque fuera el amo de toda la tierra, procede como él del mismo tronco y del mismo padre. Así, por el origen primordial, todos los hombres, sin excepción, son iguales» (1).

Pero esa doctrina, se creyera o no, apenas si tenía eco en las costumbres cortesanas de la Francia monárquica o en la orgullosa alemania ducal, que aprendía en esos momentos a prusianizarse a la zaga de las enseñanzas de Federico el Grande... Por eso, el mayor de los hijos varones de Hans, después de menospreciar el yunque de su padre, imagina que la de

(1) *Reflexions sur mes entretiens avec M. le duc de la Vauguyon*, par Louis-Auguste Dauphin, précédé d'une introduction par M. de Falloux—Paris, Q. B. Aillaud, 1851. p. 11.

sastre es tarea de mejor categoría que aquella otra de la fragua, y entre herrar las patas de las bestias o vestir tontos, se queda con el último oficio, que adopta por breve tiempo, pues antes de mucho se casa con la viuda de un posadero adinerado.

Federico Jorge es el nombre de este feliz ambicioso. De su matrimonio con la viuda nace *Juan Gaspar*, padre de Goethe.

Gaspar—¡por cierto!—sube varios escalones más sobre el destino del abuelo Hans. El hombre tiene la cabeza en alto y mira sólo para arriba...

Sobrado parece decir que Juan Gaspar estudia para abogado.

En los límites del Mundo Occidental, Roma impuso durante los siglos que duró su dominio, un respeto supersticioso por las leyes. Los Bárbaros, al echar por tierra, en los años de la Decadencia, el carcomido edificio imperial, heredaron esta superstición, pero no transmitida a un ejercicio superior del Derecho sino transmutada al *título*, al diploma que capacita para ejercer con bufete. En estos aledaños del siglo XVIII, las carreras liberales terminan por darles a sus individuos un cierto carácter de nobleza intelectual. Un «cartón» de esta naturaleza puede considerarse con la prestancia de quien recibe un espaldarazo. En realidad, son los pergaminos nobiliarios de la burguesía...

Gaspar es, en el hecho, un abogado de pocos pleitos; pero su categoría económica y su diploma profesional lo capacitan para comprar un título de consejero áulico, que le autoriza el emperador Carlos VII de Baviera; a su vez, la consejería imperial lo induce a dar, socialmente, otro salto, y es así como se une en matrimonio con una muchacha de familia bien conceptuada.

La madre de Goethe, Catalina Isabel Textor, es hija del burgomaestre de Francfort del Meno. Cuando conoce al que iba a ser su marido, tiene un poco más de tres lustros. Por eso, un año después, cuando contrae nupcias, muchos han debido sonreír pensando en los futuros aprietos del audaz consejero áulico. Paseando junto a Gaspar (maduro, en aquel entonces, de más de cuarenta años), Isabel, para los buenos burgueses de la ciudad ribereña, es un pimpollo inquietante colgado del brazo de un hombre que puede ser su padre; así es de visible la diferencia de edad que los separa...

La desigualdad que subraya el tiempo, cava, también, entre ambos, un foso de incomprensión. Sin ruptura, se establece para ellos la distancia que media entre la Primavera y el Otoño... ¿Cómo hermanar sus espíritus si el entusiasmo que los mueve es, de inmediato, diferente? Risueña, jovial, la esposa; introvertido, lleno de mañas, el consejero áulico; descuidada en el orden casero, Isabel; metódico y detallista así un comandante de Húsares, Gaspar. En realidad, ella se transforma en la confidente de sus hijos; él es siempre su maestro, el censor inflexible que educa y enmienda.

No podía haber duda; cuando crecen los niños, pensada o impensadamente se ponen todos del lado de la madre.

El consejero ha convertido su casa en un cuartel. Claro está que nadie duda de papá Gaspar, de su honradez intachable aunque sin alas. Pero la juventud con sus derechos eternos se transforma dentro de esos muros pintados de rigidez militar, en una verdadera «quinta columna», bullente de alegría pagana y en perpetua conspiración.

El mundo, para cualquiera forma viviente, es un plan con una disposición regular que esa forma debe cumplir. La serie de las hormigas que han de venir no podrá—mientras permanezcan las actuales condiciones geológicas del globo y no cambie la atmósfera que lo envuelve, comportarse de una manera distinta a como lo hiciera la infinita serie de hormigas que hubo en el pretérito. Ninguna especie animada puede salirse del plan que le correponde, sin un cambio de los elementos genéticos que la determinan. Tampoco el hombre es libre para eludir este programa cósmico, y en cualquiera de los eventos que su destino lo coloque, su arquitectura biológica, tanto en lo específico como en lo genérico, gravitará, fatalmente, hasta en esas puras concepciones espirituales donde el *super-yo* planea con alas angélicas.

A Goethe, pues, antes que nada debe juzgársele como ser humano. El novelista, el poeta, el físico, el botánico; en fin, el humanista insigne que hay en él no debe hacernos olvidar al hombre de carne y hueso, sujeto de dolor y grandeza, amarrado a las exigencias de un plan eterno.

En sus recuerdos, publicados al atardecer de su existencia con el título de *Poesía y Verdad*, en sus cartas, en sus confidencias, en sus conversaciones de carácter privado, podemos acercarnos en medida bastante luminosa a muchos de esos perfiles suyos que descuida el aplauso y la actitud idolátrica de la mayoría de sus biógrafos.

Para comprender a Goethe, para adentrarse en su obra, hay además, que mirarlo un poco «en zoólogo»; y como todos, en cierto grado, lo somos—no hay que olvidar que accionamos y reaccionamos en lo instintivo sólo en cuanto especies zoológicas, y que nuestras

primeras observaciones son las de nuestras propias experiencias animales—conviene, para juzgarlo, aprovechar nuestros conocimientos empíricos, caso que fuéramos remisos al tema; o servirnos de nuestras lecturas ordenadas por criterio de autoridad, caso de que tan apasionador problema nos hubiera atraído, particularmente, como estudiosos especializados.

ESTADÍSTICA Y «GENES»

En el año 1835, *Lambert Adolfo Quetelet*, matemático y estadístico belga, dedicado, también, al estudio de las ciencias naturales en un ensayo antropológico—*Sur l'homme et sur les développements de ses facultés* (1)—esboza la idea de una física social que a base de un método estadístico permita «trazar una historia natural y psíquica del hombre».

Años más tarde (2), defendiendo su posición ideológica, en aquel entonces *extrema*, Quetelet escribe: «En este universo, físicamente coordinado con tanta sabiduría, sólo el conocimiento cada vez más profundo del hombre parece escaparse hasta hoy a las fecundas investigaciones de la ciencia. ¿Acaso peca de temerario, o quizá de impiedad, el observador que ve

(1) La primera edición de *Sur l'homme et sur le développements de ses facultés, ou Essai de physique social*, se publicó en París, Edit. Batelier, el año 1835. Una segunda obra de Quetelet sobre el mismo tema y extraordinariamente aumentada, se publicó en 1869, en San Petersburgo con el título (que altera el de la publicación de 1835) de *Physique Sociale, ou Essai l'homme et le développement de ses facultes*, en dos volúmenes.

(2) Quetelet murió en 1872.

él, lo mismo que en las otras formas de la creación, un cuerpo sujeto a leyes de las cuales necesariamente debe experimentar las consecuencias?».

Esto para él no tiene nada de extraño, pues ya en este siglo (el XIX) «no sólo las leyes experimentales fueron deducidas de estas investigaciones, sino también su parte filosófica ha sido satisfactoriamente desentrañada de ellas»; de este modo, «casi todos los problemas susceptibles de ser resueltos con exactitud, fijaron la atención de los más hábiles matemáticos».

Sin embargo, *Quetelet* no es, ni con mucho, el primer matemático europeo que aplica la ciencia de los números al estudio del hombre y a la física del medio social en que éste se desenvuelve, para sacar de esto conclusiones sujetas al cálculo de probabilidades. Baste, para probar lo que digo, el nombre del pastor protestante *Juan Pedro Susmilch*, de nacionalidad prusiana, que en 1741 publicó bajo el título de *Die göttliche Ordnung in den Veränderungen des menschlichen Geschlechts aus der Geburt, dem Tode und der Fortpflanzung desselben eruiet* (1) el primer estudio demográfico europeo sujeto al método estadístico.

A pesar de lo dicho, *Quetelet* puede pasar por el fundador de la *biometría* o sistema de medición de las propiedades mensurables de los seres vivos, de sus partes o de sus actividades. Las ideas de *Quetelet*, adaptadas por *Galton*, sus discípulos y continuadores, indujeron desde entonces a muchos hombres de ciencia «a ordenar no sólo sus observaciones y recopilar en forma

(1) «Del orden divino en las variaciones del género humano, probado por los nacimientos, las muertes y la reproducción de los hombres». *Susmilch* usa la expresión «orden divino» en el sentido de leyes naturales.

variada las diversas fluctuaciones que arrojan las mediciones sistemáticas de determinados caracteres personales, colectivos o de grupos, sino, también, a seleccionar sus experiencias y deducir sus conclusiones», utilizando los métodos estadísticos.

De este modo se formulan las leyes cuantitativas sobre la regresión de ciertos caracteres y sobre el atavismo o herencia ancestral; edificio teórico que no tarda en amenazar de ruina su laborada construcción, cuando después de 1865, comienzan a imponerse en el mundo de los biólogos las observaciones del checoeslovaco *Gregorio Mendel*, fundadas también, en gran parte, sobre el método estadístico. Tres de estas observaciones—llamadas hoy día «leyes mendelianas» son de carácter fundamental. *Dijo Mendel*:

1.º Los caracteres heredados son producidos por *factores* (los biólogos de hoy los denominan «genes») los cuales pasan «invariables» de una generación a otra.

2.º En cada individuo, los *factores* («genes») se encuentran formando pares, y cuando en cada par los *factores* («genes») son distintos por sus efectos, un *factor* («gene») domina al otro, de modo que a este podemos llamarlo «dominante» y al otro (al dominado) «recesivo».

3.º Cuando se forman las semillas en un individuo, los miembros de cada par *se separan*, independientemente, de los otros pares, yendo *uno sólo* de cada dos *factores* homólogos de cada uno de los padres, a cada uno de los descendientes.

Estas ideas las dió a conocer *Mendel* en 1865, en una lectura que hizo ante la pequeña Sociedad de Historia Natural, en Brünn, pueblo en donde este checo, con

hábito de religioso agustino, desempeñaba funciones de abad en el Königs-kloster.

Un año después de esa lectura, hoy famosa en la Historia de la Ciencia, se publicó en la revista de la ya citada Sociedad, la exposición circunscrita con las observaciones del, hasta entonces, desconocido abad, que habían dado lugar a sus tres revolucionarios asertos. Sin embargo, a pesar del carácter innovador de las ideas expuestas o tal vez por eso mismo, nadie entre las grandes figuras de la época en el campo de las Ciencias Naturales, les dió importancia. Hubo de pasar más de treinta años antes que las geniales experiencias del agustino de Brün, ordenadas con firmeza de ley, al ser «redescubiertas» por sabios con cartel europeo, se impusieron triunfalmente desde las aulas de las más dogmáticas universidades del Mundo. Tres distintos naturalistas—*De Vries, Correns* y *Tschermak*—desde tres ángulos, también distintos, habían llegado, sin entendimiento particular previo, a idénticas conclusiones.

Desde entonces ha corrido cerca de un siglo; ya es tiempo de preguntar:

¿Cuál es, hoy en día, el valor de las «leyes» mendelianas?

Inmenso; pero —¡cuidado!—no por eso hay que olvidar el peligro de las generalidades, en las cuales es bien fácil caer si logran cegarnos los mirajes insinuantes de la fantasía. Desde luego convendría, para aligerar el ánimo, traer a memoria la ingeniosísima frase de *Guyenot*, la cual, refiriéndose a los métodos estadísticos aplicados a los fenómenos biológicos, dice que ellos «conducen a conclusiones estadísticamente exactas pero biológicamente falsas».

En efecto, en el empleo de la estadística para fijar las leyes de la herencia en la especie humana, podemos ser inducidos a creer que son verdades las más extrañas y risibles paradojas. El método y comprobación a que están sujetos, verbigracia, los experimentos de la genética vegetal o el cruce de los animales domésticos, no es posible, en las circunstancias actuales de la sociedad humana, aplicarlos a una genética referida a ella. Por la calidad moral del hombre, faltará siempre, en nuestra especie, en las grandes líneas o «líneas largas», la comprobación, hecho *exacto* del cruce en sus relaciones sucesivas. «*Los hijos de mis hijas—reflexiona la sorna popular—mis nietos son; los hijos de mis hijos, ¡sépalo Dios!*». Se pierde, por ende, la ilación del maridaje y por lo tanto, cualquiera estadística, aplicada al cálculo de probabilidades, falla por su base.

Sin embargo, en cada caso, el estudio de la herencia completaría de manera luminosa el estudio de un *fenotipo* o carácter destacado. Y como el asunto promete, muchas son las figuras de la ciencia que probaron y siguen intentando atravesar ese lago oscuro de los factores transmisibles en la herencia psicológica, embarcándose con ligero corazón en el—aquí—débil bajel del cálculo de probabilidades.

Naturalmente, ni los que murieron siglos ha, logran hoy escapar a esas experiencias. De uno de estos intentos voy a ocuparme en seguida.

En la *Revista de Occidente*, de que fué director don José Ortega y Gasset, Año X, N.º CVI, dedicado en homenaje al Centenario del fallecimiento de Goethe, el doctor José Miguel Sacristán—médico psiquiatra, populizador en España de las doctrinas biotípicas de Kretschmer y dueño él mismo de una extensa labor de

publicista especializado en los problemas de la psiquis—reune, a propósito del humanista de Weimar, una serie de referencias, de indudable interés, para enfocar con lente de inquisidor «y según la psicopatología», al *zoon antropinos*, el animal humano, que había en la personalidad del genio de Goethe, pero esto por el lado de las sombras de su biológica realidad.

Voy a servirme de estas referencias del *Dr. Sacristán*, para seguir las paso a paso y reflexionar a manera de un diálogo conmigo mismo, cada vez que las tales referencias me parezcan en manifiesto entredicho con el sentido común, por muy poco común que sea este famoso sentido como ya, también, es fama...

Empiezo, pues.

Según *Sommer* (1)—citado por el *Dr. Sacristán*—en los ascendientes de Goethe se dan tres familias de rasgos característicos, cuya síntesis se observa limpiamente en el gran poeta alemán. En primer lugar, por línea paterna, los *Goethe*, pertenecientes desde varias generaciones a la clase obrera manual (herradores, sastres, estañeros), que hasta llegar al padre de Goethe no ingresan en un rango social de vida superior. En segundo, por línea materna, la familia *Textor*, adscrita desde varias generaciones a la clase intelectual y administrativa, unida merced al casamiento de *Catalina Isabel Textor* con *Jorge Gaspar Goethe*, a una familia de trabajadores manuales. Y, en tercer lugar, la familia de la abuela, *Ana Margarita Lindheimer*, cuyo padre, *Cornelio Lindheimer*, pertenecía a una familia de altas dotes intelectuales, in-

(1) *Sommer: Familienforschung und Vererbungslehre*, 2.^a ed. J. A. Barth, Leipzig, 1922; *Goethe in Lichte der Vererbungslehre*, Leipzig, 1908, y *Goethe Werwandschaft*, Leipzig, 1908.

tegradas por escritores y artistas importantes, como Soldane y el pintor Lucas Cranach.

¿Qué ponen de *manifiesto* (2) estos datos hereditarios?

Respuesta:

Para *Sommer* no es indiferente que los *Lindheimer*, a principios del siglo XVI, se distinguieran intelectualmente y que los *Textor* y los *Goethe* se adscribieran sucesivamente, en los siglos XVII y XVIII a la burguesía intelectual. Resulta, por tanto, en su sentir, que la asombrosa riqueza de capacidades de *Goethe* es consecuencia de la selección progresiva de tres masas hereditarias diferentes, características en el curso de los siglos, y, finalmente, gracias a los matrimonios *Lindheimer-Seip*, *Textor-Lindheimer* y *Goethe-Textor*. «Se produce en *Goethe* el extraordinario fenómeno que *Sommer* llama: *epimixis de tercer grado*. Pero este término, poco conocido, exige una aclaración. *Epimixis* (*epi*=encima; y *mixis*=mezcla) se denomina a la mezcla que acontece al cruzarse una familia de propiedades permanentes con otra absolutamente diferente de aquélla por lo que a éstas respecta. Admite tres grados en relación con el número de propiedades fijas de la rama familiar del individuo que efectúa el cruce. Así, en *Goethe* la *epimixis* es de tercer grado, porque en él asocian tres masas hereditarias completamente diferentes».

Todo lo transcrito pertenece, por cierto, al terreno de la novelería. Nada es claro ni mucho menos manifiesto, de cuanto sostiene *Sommer* y recoge el *Dr.*

(2) Subrayo por mi cuenta la palabra «manifiesto», porque nada es tan poco manifiesto como lo que indica *Sommer* y parece apoyar su comentarista.

Sacristán. Cientos de familias de la pequeña burguesía intelectual de Alemania, han debido tener, por esa época de los siglos XVII y XVIII, cruces con la clase obrera manual, similares a los que determinaron las «tres masas hereditarias completamente diversas» concretadas en la síntesis genial del cerebro de *Juan Wolfgang Goethe*, su flor de selección; sin embargo, no se produjo sino un sólo Goethe en ese mismo lapso. Por otra parte, la *selección progresiva* no dice una necesaria relación con el «empleo» que un ser humano desempeñe; por lo contrario implica ella, a más de lo orgánico, calidades subjetivas y profundas; planea en la psiquis, y no hay ninguna prueba seria, valuable, consistente, que nos permita creer que en ese curso de «siglos» a que se refiere Sommer no ocurriera una *regresión evolutiva* en el cerebro de alguno de esos ancestros goetheanos; bastaría exigir las pruebas terminantes que descartasen la duda, para que con ello quedara invalidada en el acto la teoría, pues las tales pruebas así, *terminantes* en sus conclusiones, no podrían presentarse.

Pero no nos afanemos mucho en demostrar con razones lo que en razones abunda. El mismo Sommer—comenta *Sacristán*—«subraya la dificultad de valorizar exactamente las influencias hereditarias en la capacidad genial». *No es dudoso* (¡sí que lo es!—atrévome a acotar yo)—que Goethe haya heredado su gran actividad artística de sus ancestros maternos, especialmente de la familia Lindheimer; pero sería erróneo derivar su personalidad total de las líneas precitadas. En Goethe se da una *síntesis* de las capacidades artísticas, racionales y sistemáticas de sus ancestrales, merced a la asociación de dos terrenos básicos totalmente diferentes en sus propiedades y de la

cual—según la teoría de Sommer—resulta el genio como un producto sintético.

«En suma, en los ancestrales de *Goethe* por línea paterna y materna, se dan especialmente en las generaciones más anteriores, grandes diferencias de condición social. El hecho de que un individuo de una familia de clase social inferior se case con una mujer perteneciente a un círculo social e intelectual superior, no es indiferente para la cuestión aquí analizada. Es un hecho—como indica *Hoffmann*—de importancia suma, de innegable trascendencia, que se observa con inusitada frecuencia en las familias de hombres geniales».

El problema en sí es de los mayores que pueden interesar al mundo culto; pero hay que bordearlo con precaución porque, insisto, los caminos de la fantasía son muy numerosos; y aún los sabios de indisputado renombre gustan internarse en estos laberintos del ensueño científico, donde aún la seguridad del hecho experimental *incuestionable* no ha entregado su hilo de Ariadna.

Ya *Ribot*, adelantándose a los psicólogos franceses de la escuela clásica (que con él cede su importancia a la escuela psico-analítica y a las nuevas doctrinas de la tipocaracterología), opina que «todo progreso del intelecto, fijado por la herencia, se convierte en base y condición para un nuevo progreso. Y concluye: «*La herencia desempeña en la especie próximamente el mismo papel que la memoria en el individuo*» (1).

El ser humano, que comienza su vida con la conjunción de dos «medias células» que al «completarse»

(1) «*La herencia psicológica*», (trad. de Ricardo Rubio). Ed. Daniel Jorro, Madrid, 1908; p. 281.

da un total de cuarenta y ocho cromosomas, automultiplica esta célula primaria por miles de millones hasta llevar al individuo en germen a su desarrollo natural completo. Esta infinitud de células, cumpliendo su plan biogenético, actúa luego en grupos *especializados* que trabajan, unos en la formación de los huesos, otros en los tejidos musculares, otros en la maravillosa construcción del cerebro, otros en la sangre, etc., etc. Pero hay unas cuantas células que se mantienen, por decirlo así, indiferentes a este trabajo, «sin contribuir a la formación de las diversas partes; y, a todo evento, conservan inalterados sus cromosomas, que no sufren efecto alguno de lo que sucede fuera de ellos, excepto en la muerte del individuo».

Estas células *indiferentes* al plan biológico que rige la arquitectura del ser humano, y que se mantienen apartadas en el organismo, son las células germinales del hombre (espermatozoos) y de la mujer (óvulos), en las cuales se concentran los elementos genéticos que deben mantener la continuidad de la especie.

A diferencia de las otras células del organismo, tanto el espermatozoo como el óvulo contiene sólo *veinticuatro cromosomas* cada uno, lo que da base para que se les considere células incompletas. La célula germinal perfecta se consigue después, cuando el espermatozoo penetra en el óvulo y deposita sus veinticuatro cromosomas junto a los otros veinticuatro que allí lo esperan. Constituida, por este apareo, la célula perfecta de cuarenta y ocho cromosomas, comienza en seguida su multiplicación con el fin de arquitecturar los órganos y asegurar el desarrollo del nuevo ser humano que acaba de engendrarse.

Y ya estamos al pie de la esfinge. Los «cromosomas» —a los que el germano Waldeyer diera el nombre, en

el siglo XIX, sin saber en realidad de qué se trataba— están compuestos por una serie de gránulos casi invisibles al microscopio, «de apariencia gelatinosa, unidos estrechamente unos a otros». Estos gránulos, descritos por primera vez, en 1934, por el Dr. Painter, son los *genes*.

Ahora bien, para la Biología contemporánea los «genes» tienen el carácter de portadores o vehículos de los factores hereditarios. En otras palabras, por intermedio de ellos las generaciones hacen valer sus aportes formales (físicos y psíquicos) de unas a otras, en un juego de saldos a *favor* y *en contra*, según sea la constitución en lo corporal como en lo espiritual, de los individuos aparejados.

En el siglo de *Weismann* los biólogos llegaron a ponerse más o menos de acuerdo en que los caracteres adquiridos pueden ser de dos órdenes: los debidos a un accidente y los que dependen de una modificación funcional. Los primeros no se transmiten; los segundos son hereditarios. De lo que se dedujo que *la herencia no es la transmisión de las modificaciones anatómicas, sino de las modificaciones funcionales*.

Brown-Sequard hizo el claro experimento. Cortó el ciático de una cobaya y el animal se hizo epiléptico. Aparejado el animal enfermo, engendró una serie de hijos también epilépticos.

Aquí no hay dudas. Lo que el cobayo en tratamiento experimental transmite a su descendencia no es la mutilación, porque si así hubiera sido, el ciático de los hijos habría presentado las alteraciones del caso, y en modo alguno sería normal, como resultó en la experiencia de Brown-Sequard. Lo que heredaron, pues los hijos del cobayo mutilado, *fué sólo el trastorno funcional*.

Estas ideas han servido de base firme a una gran parte de los estudios sobre la herencia que se han realizado hasta hoy

Mas, para el misterio del cerebro, modificando las teorías vigentes, se dijo: «Como el trabajo de un órgano regula su desarrollo, se concibe que las modificaciones funcionales que se transmiten puedan tener por consecuencia modificaciones anatómicas. Se concibe, por ejemplo, que un hombre pueda hallarse por herencia dotado de una inteligencia superior; vendrá al mundo con aptitudes particulares que habrán podido provocar un desarrollo más notable de sus células cerebrales. Dicho de otro modo, la inteligencia es notable, no porque el cerebro esté muy desarrollado, sino porque el individuo ha heredado un funcionamiento cerebral superior, porque los centros que sirven de substracto a la función se han desarrollado extraordinariamente».

Quedaba así confirmado el viejo aserto de que la función crea al órgano, y que, al determinar su apareamiento, dirige y regula, también, su desarrollo.

Pero tenemos que la herencia, por su propio carácter, es *conservadora*. De ahí que el plasma germinativo que asegura la personalidad de la especie, sea en cierta manera, inmortal. Las células somáticas son las únicas que experimentan las influencias modificadoras del medio y el ambiente a través del tiempo, y sirven de juego al trabajo correlativo de la evolución. Mas, sin embargo, estas células, así impresionadas por los agentes externos, reaccionan a su vez sobre las células germinales «y les imprimen una dirección nueva; tienden a modificar el tipo primitivo».

Dos leyes se deducen de lo antedicho: *la ley de la conservación del tipo ancestral*, que explícate por la

persistencia del plasma germinativo; y *la ley de la evolución*, que se explica por las modificaciones de las células somáticas.

Llegamos, pues, a que «los cambios accidentales no se transmiten, porque afectan solamente al soma. Los trastornos funcionales son hereditarios cuando las modificaciones somáticas pueden repercutir sobre las células germinativas. Si, en este último caso, aparecen modificaciones anatómicas, es que el desarrollo y estructura de los órganos son regidos por las funciones a las cuales sirven de substracto».

Veamos ahora cómo algunos especialistas ponen en movimiento estas leyes y teorías en el ejemplo de *Goethe*, considerado como tipo fisiopsicológico; sumando, naturalmente, a lo ya expuesto nuevas teorías y nuevas hipótesis, aunque de acuerdo todas ellas en algo bien similar o muy parecido a lo que expresara *Haldane* en una lectura suya, bien propalada, hecha en la Universidad de Birmingham en marzo de 1937 (1): «Debemos aceptar que sobre la biología de la reproducción humana sabemos muy poco. Hemos comenzado recién a saber algo sobre su fisiología y su bioquímica; pero, más particularmente sobre su regulación química por una serie de hormonas».

Las informaciones que van en seguida las tomo *al pie de la letra* del «digest» hecho por el *Dr. Sacristán* con los datos sobre la familia de *Goethe* recogidos por *P. J. Moebius* en su estudio para determinar la herencia psicológica del poeta (2).

(1) Recogida en volumen bajo el título de *Heredity and Politics*.

(2) *Ansgeuälte Werke von P. J. Moebius: Goethe*. Vols. 2 y 3, 3.^ª cd. J. A. Barth, 1909.—Quise evitarme el trabajo personal

LA LÍNEA PATERNA

De los cinco hijos del primer matrimonio del abuelo de Goethe (*Federico Jorge* con *A. E. Lutz*) uno de ellos era imbécil, dos murieron en la infancia y el tercero, seguramente, de tuberculosis a los veintitrés años. El cuarto se casó y tuvo siete hijos. Vivió sesenta y cuatro años.

El abuelo paterno de Goethe contrajo segundas nupcias con *Cornelia Schellhorn*, mujer trabajadora, ahorrativa, bienhechora, no gruesa; «Vivió apaciblemente y murió tranquila», según el testimonio del doctor *Senkenberg*. De este matrimonio tuvieron tres hijos, de los que sobrevivió el tercero, *Juan Gaspar*, padre de *Goethe*; los restantes fallecieron, el primero de corta edad y el segundo a los diecinueve años.

El padre—*Juan Gaspar* (1710-1782)—era tenaz, severo, con un gran celo por aprender y enseñar, muy escrupuloso respecto de sí mismo, sin necesidades, con un gran aprecio de la propia persona y carencia total de fantasía. Merced a cierta limitación veíasele pedante, obstinado, duro con los suyos, mezquino. Según *Moebius*, fué juzgado con dureza. Diversos actos de su vida autorizan a considerarle como un buen padre de familia, dedicado por entero a los suyos. Padebió varios ataques de apoplejía, el primero de los cuales tuvo lugar en 1776 y, a consecuencia del cual, se torna más irritable: el «ruido de un portazo le estremece». En 1779, al regreso de uno de sus viajes Goe-

del «digest» por economía de tiempo y porque mis citas de *Moebius* iban a quedar garantidas—como ahora ocurre—por el prestigio profesional del Dr. *Sacristán*.

the escribe: «He encontrado a mi padre transformado, más tranquilo aunque su memoria disminuye». En 1781, sufre un nuevo ataque, del cual queda paralizado y, según expresión de su hijo, «ausente», inválido en tal forma, que necesitaba ser dirigido y auxiliado. Fallece en 1782 repentinamente.

LÍNEA MATERNA

El abuelo materno, *Juan Wolfgang Textor*, tuvo de su matrimonio con *Ana Lindheimer* ocho hijos, de los cuales cuatro, tres varones y una hembra, fallecen recién nacidos. En los cuatro restantes hay tres hembras y un varón; la mayor es la madre de *Goethe*.

El abuelo (1693-1771). El doctor *Senkenberg* le juzga, en sentir de *Moebius*, calumniosamente. Le tacha de «bebedor, grosero, egoísta y vil». Cualidades que no cuadran con el gran aprecio que *Goethe* le dispensaba y al cual—según sus propias palabras—debía sus «singulares capacidades».

De la abuela, *Ana Lindheimer*, se sabe muy poco. No obstante—escribe *Moebius*—nos muestra que no era una mujer vulgar. Sus grandes ojos expresivos, la severa mirada señorial y la frente despejada y fuerte, recuerdan al nieto.

La madre, *Isabel Textor*: «Cálida sensibilidad, gran fantasía, espíritu alegre, invencible entusiasmo vital». Físicamente su aspecto corresponde al tipo pícnico.

LOS HERMANOS

Cornelia (1750-1777), «Mi hermana—decía *Goethe*—era un ser indefinible, la más rara mezcla de dureza y de blandura, de terquedad y condescendencia. De

ella podría decirse que carecía de fe, de esperanza y de amor». De gran semejanza física con su hermana, fueron tomados por gemelos. En el sentir de *Moebius*, su desgracia fundamental era el predominio de las cualidades características del padre. Jamás pudieron entenderse ambos. Su figura era desgraciada. «Alta, bien y delicadamente constituída—escribe Goethe—pero los rasgos de su cara no eran hermosos ni sobresalientes». La impresión que hace su retrato no era nada de agradable, a pesar—como indica *Moebius*—de sus hermosos ojos. Los rasgos fisonómicos que en Goethe adquieren singular belleza, en su hermana por el contrario, producen opuesta impresión. Fué muy desgraciada.

Hacia el año 1769, se inician los primeros síntomas de *psicosis* de Cornelia. Repetidamente se queja de su mala salud, de su erupción facial, manifestada siempre en vísperas de una fiesta (¿*Dermatosis psicógena*?). Cambia inopinadamente de humor; hipocondríaca, tan pronto vehemente y apasionada como indiferente y apática. Como detalle curioso cita *Moebius*, que según *Witkowski*, era incapaz de realizar los cálculos más elementales. Descontenta de sí misma, deseaba inútilmente estar alegre. Al principio de sus relaciones amorosas y en la primera época de su matrimonio con *Schlosser*, algo más animada. Su matrimonio de tres y medio años de duración, fué para ambos cónyuges una desgracia continua. De salud física precaria, bastaba—escribe su marido—«un poco de viento, unas gotas de lluvia, para encerrarse en su casa». El 28 de octubre de 1774 da a luz por primera vez, y hasta el verano de 1776 permaneció en cama, profundamente melancólica, incapaz de ponerse por sí misma ni una media». Su imaginación le atormentaba con las ideas

más terribles, en tal forma, que no pasaba días sin disgustos, penas y aficciones. «Ni la lectura, ni el trabajo manual, ni el piano, la entretenían». Pasó dos años sin escribir una letra. Indiferente a su hijo, que en manos extrañas encontraba la alegría que su madre no podía darle. En 27 de mayo, después de un período febril, acompañado de gran debilidad y fuertes dolores, llega su hermano «con la primavera»—dice Moebius—y la alegría ejerce en Cornelia un efecto maravilloso; sale de paseo, y hasta su partida, el 5 de junio, sigue perfectamente. «En enero de 1776 siente gran alivio, aun cuando su cuerpo continúa miserable, enfermizo, incapaz de ocuparse de algo». Al llegar junio, «todo le alegra, todo lo que antes era motivo de dolor». «Pero el frío, la fatiga o el aire húmedo le producen espantosos dolores en los miembros». En diciembre «se arrastra por el mundo con un cuerpo que sólo sirve ya para la tumba». Un mes después de su segundo parto, el 8 de junio de 1777, muere. Sus dos hijas, Julia y Luisa, fallecen en 1793 y 1811, respectivamente.

A estos datos, «reunidos cuidadosamente por Moebius, que demuestran, *sin género alguno de duda*, que Cornelia Goethe fué una enferma mental» el doctor Sacristán hace el siguiente comentario:

«El elemento psicopatológico se nos muestra en toda su pureza. No es difícil, ciertamente, el diagnóstico. Para Moebius, la psicosis sufrida por Cornelia corresponde a la psicosis maníaco-depresiva; pero, en mi sentir y a juicio de otros psiquiatras, *el caso no es en modo alguno, típico*. Así, Kretschmer incluye a Cornelia entre las personalidades esquizoides, de intensa disposición depresiva con fases episódicas de melancolía. Como después habrá ocasión de comprobar, esta

disposición, que, como dice Kretschmer, anuló la vida de la hermana, es causa, en Goethe, de fases fecundas en espíritu y fantasía».

Y añade a modo de nota al margen: «El resto de los hermanos de Goethe se caracteriza por su precoz mortalidad. Así Jacobo muere a los seis años, dos hermanos a los dos y el tercero, varón, a los ocho meses».

* * *

ZOON ANTROPINOS

Antes de seguir al doctor Sacristán en los motivos de su disertado voy a permitirme hacer una pregunta imposible de descartar en estas circunstancias, sobre la enfermedad de Cornelia que, para el doctor español, basado en los datos de Moebius, era una enfermedad mental «sin ningún género de dudas». La pregunta es ésta: ¿No es fácil que Cornelia haya tenido una enfermedad interna, cuya clasificación («el cuadro nosológico» de que hablan los médicos) no fué, en su oportunidad determinada? ¿Era tan prudente la ciencia de aquel entonces y los galenos tan expertos, para que el diagnóstico que descartaba un trastorno de carácter infeccioso o una mala correlación funcional, hoy pueda considerarse perfecto? Bien podría pensarse que el sofisma *non causa pro causa*, por el cual se confunde el antecedente por la génesis de un hecho no fué extraño en multitud de casos al diagnóstico de los médicos de los siglos XVIII y XIX...

Incluído este punto de vista, muy posible dentro de los limitados conocimientos «clásicos» de la ciencia de entonces, también habría que aceptar la hipótesis de que fué el cuerpo enfermo de la pobre Cornelia, el

que debilitó su espíritu, y no viceversa, como nos quiere probar el sabio tudesco y acepta, sin dudas para su raciocinio, el psiquiatra español.

De los otros antecedentes de la familia goetheana que acabo de recoger, me preocuparé más adelante; pero insisto en homenaje a los juicios citados en mi comentario, que los propios psicopatólogos ordenadores de estos hechos, a pesar del tono que emplean, no dejan de reconocer, como asunto previo, la escabrosidad del terreno que pisan. «El genio—dicen—no es accesible a los instrumentos de medida de la ciencia natural. En él se dan excepcionalmente combinadas una serie de disposiciones psíquicas, genotípicas, que la producción genial patentiza; pero cuya naturaleza biológica se escapa a nuestro conocimiento». No desconocen, por lo mismo, que la valoración del genio «corresponde al concepto filosófico de la cultura. Mas, persisten en la idea de que el genio, «aunque fuera insostenible como concepto», daría siempre lugar a la posibilidad de una *biopsicología del hombre creador*, la cual, por lo tanto, «no quedaría invalidada».

La primera pregunta que se hace el doctor Sacristán es: ¿cómo era Goethe físicamente?

(Continuará).